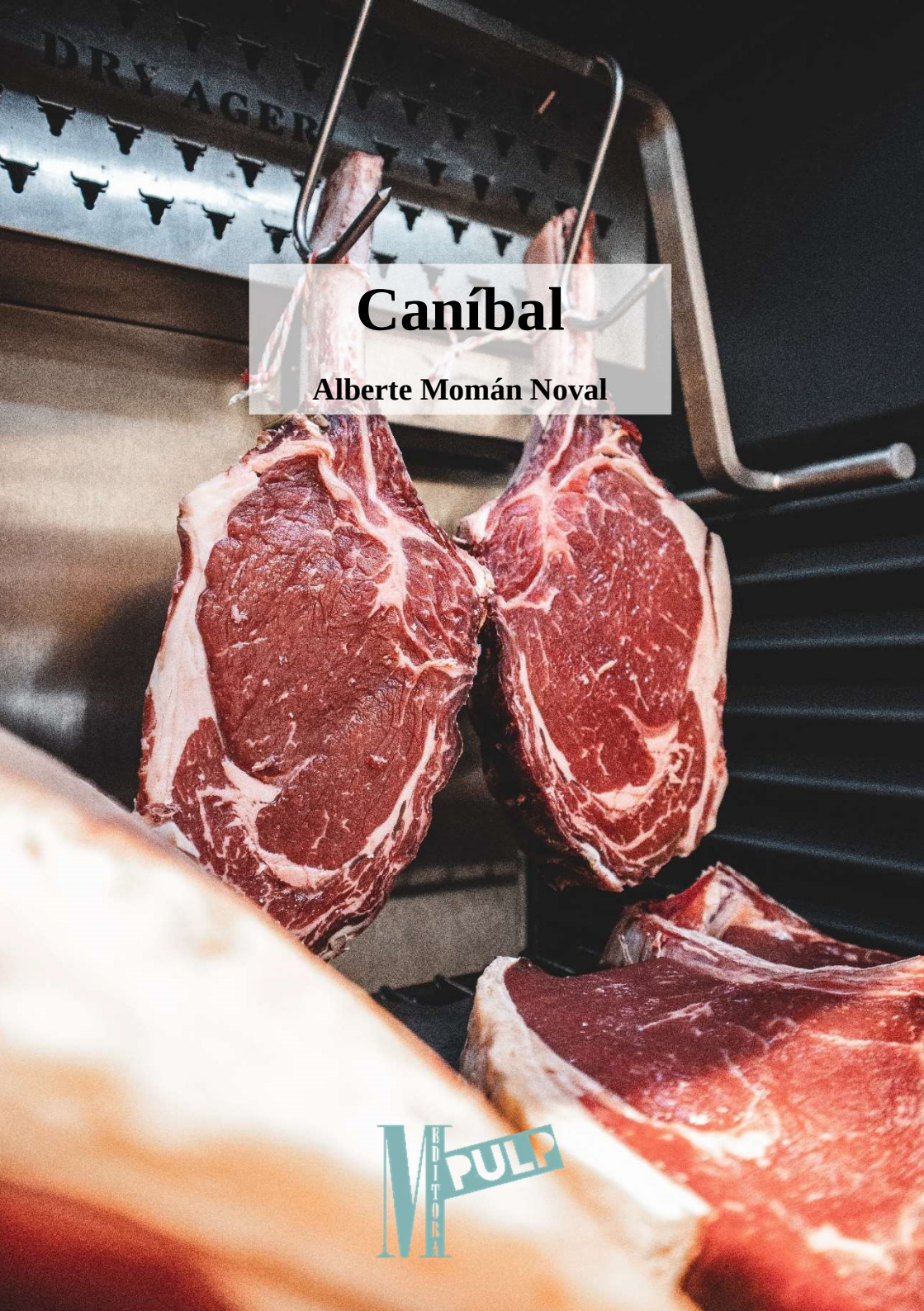

Caníbal

Alberte Momán Noval

MPULP EDITORA

Caníbal

Alberte Momán Noval

© edición: M Editora / Alberte Momán Noval

© texto: Alberte Momán Noval

Imagen de portada: Kyle Mackie

Diseño: Alberte Momán Noval

ISBN: 978-84-09-37063-4

Esta licencia permite copiar, distribuír y exhibir los textos e imégenes de este libro siempre que se cumplan las seguintes condiciones: · Autoría y Atribución: Deberá respetarse la autoría indicando el nombre del autor. · No derivados: No se pueden alterar, transformar, modificar o reconstruír los textos ni las imágenes. · No comercial: No se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

I.

Dejó de leer los mensajes escritos sobre las paredes cuando las luces se apagaron, dejándola completamente a oscuras. Estiró un brazo para informar al sensor de movimiento de que aún había una letrina ocupada. Tras la ausencia de respuesta, se incorporó levemente, con la taza del *váter* bajo las nalgas y su ropa en tensión por debajo de las rodillas. *¡Mierda!* Exclamó al percibir unas gotas de orina precipitándose hasta el centro de su ropa interior, sujeta por ambas extremidades abiertas. Casi de inmediato, como si acabase de despertar de una cabezada involuntaria, la luz volvió a iluminar su cubículo y las notas manuscritas de Filipa Tranx, *la más dulce y afectuosa*, volvieron a hacerse legibles. Sentándose de nuevo, hurgó en el bolsillo trasero de su pantalón arrugado para coger su teléfono móvil. Anticipándose a un futuro deseo, digitó sobre la pantalla el número de Filipa y,

devolviendo el aparato a su lugar, encaminó sus dedos hacia el papel higiénico, que colgaba inmaculado sobre una pared repleta de la inmundicia acumulada en años. Tras abrir la puerta y recuperada del sobresalto inicial, centró su mirada sobre un visón gris que fumaba, con el codo apoyado sobre el marco, completamente erguido sobre sus patas posteriores. *Vengo a limpiar*. Anunció de inmediato, al sentirse observado, para evitar una interpretación errónea por parte de su interlocutora que la llevase a relacionar su presencia allí con alguna fórmula de delictuosa perversión. Éste penetró en aquel reducto lanzando certeramente la colilla hacia el interior del retrete, al tiempo en que ella salía. Coincidencia solo posible por la escasa envergadura y la gran elasticidad de él. Centrada en su exuberante pelaje, no pudo evitar compadecerse al imaginarse el magnífico pelo de aquel animal estropeado por el roce con las paredes de aquel

espacio infecto. La compasión fue rápidamente desplazada por asco, cuando la lengua de el animal comenzó a surcar la superficie blanca de porcelana. El rostro descompuesto de ella se vio de inmediato interpelado por la mirada de odio de él que, con la lengua aún firme sobre el brillo del inodoro, centraba sus pupilas en las ajenas, cerrando parcialmente los párpados. *Estoy trabajando*. Sus palabras rompieron el silencio y la quietud de ella que pasó hacia la zona de los lavabos cerrando la puerta tras de sí. En el exterior de los baños públicos, la noche traía consigo un viento frío que atravesaba las calles, esquivando a todos los obstáculos. Subió la cremallera de la cazadora de piel marrón ajustada y, encogiéndose de hombros, metió las manos en los bolsillos del pantalón. Este se ciñó aún más a su cuerpo, permitiéndole percibir las vibraciones del teléfono que sonaba, ocultando su melodía entre los múltiples sonidos de unas calles en el cenit

de su efervescencia diaria. Le molestó tener que sacar las manos de los bolsillos para responder, así que esperó a que la vibración cesase para recoger el aparato entre las manos, a la espera de un consiguiente mensaje. *Olivia, puedo estar en tu casa en media hora*. No pudo evitar imaginárselo con la polla sujeta por su mano izquierda, al tiempo que expulsaba aquel exceso de hormonas con el pulgar sobre la pantalla mugrienta de su aparato. *Tío, no me apetece verte más*. Pensó, reteniendo el teléfono entre las manos, mientras decidía si responder. Aún sentía la humedad de su ropa interior en contacto con la vulva, lo que la incomodaba de forma superlativa, aumentando el odio que sentía por aquel tipo, hasta el punto de desearle la muerte.

Se detuvo un instante, después de que una ráfaga de viento helado impactase contra su rostro. Pensó en el desorden que le aguardaba en casa y deseó tener otro lugar al que dirigirse para

descansar. Sentía el deseo de dormir ininterrumpidamente durante días, pero era muy consciente de que sus sábanas impregnadas de humores diversos no podrían proporcionarle ese sueño reparador que tanto ansiaba. Intentó pensar en qué lugar le gustaría estar en aquel momento. Cerró los ojos regocijándose en la ensoñación de un lugar limpio y caliente. Imaginándose a sí misma abrazada a unas sábanas limpias con olor a flores frescas. Tan solo una halitosis caliente y húmeda sobre su hombro respondió a su deseo. Se volvió para reconocer al propietario de un restaurante próximo que le susurraba sus problemas digestivos al oído. *Las nutrias son las mejores cocineras. Pruebe nuestras especialidades*. Centró su atención en su rostro sonriente, en la postura sumisa que, con la cabeza por debajo de sus hombros, le mostraba la puerta del establecimiento. Lo observó con desin-

terés durante unos segundos, antes de volverse hacia la cristalera, tras la cual una nutria subida sobre una silla manipulaba con suma destreza los ingredientes de un arroz caldoso, que se gestaba en un recipiente próximo en uno de los fogones de la cocina. Una nueva ráfaga de viento helado la acompañó al interior. Se sentó en la barra, en frente del animal que cocinaba con industrioso afán. Éste se volvió hacia la clienta que le sostenía la mirada. *¿Qué se le ofrece?* La nutría la miraba de reojo, sin perder completamente de vista la comida que evolucionaba en la cazuela. *Una botella de un cuarto de Moskovskaya y un poco de eso que estás cocinando*. La nutria se limpió las manos al delantal, se bajo de la silla y avanzó hasta el estante de las bebidas de más graduación. *A lo que estoy cocinando aún le queda media hora y de beber solo tengo Stolichnaya de medio litro*. Olivia se

frotó la cabeza con la mano derecha. Estaba cansada y eso la inclinaba a pensar que su relación con los animales nunca sería fluida. A los cinco años, sus padres le regalaron un perro, su primer y único animal de compañía hasta la contratación de la zarigüeya como auxiliar de trabajo doméstico. Su relación con el primero nunca fue equilibrada, siempre sostuvo la teoría de que ella ofrecía mucho más a aquel cánido desagradecido de lo que él estaba dispuesto a aportar a la amistad. En el caso de su relación contractual con la segunda, menos duradera que la anterior, Olivia desconfiaba de la costumbre de aquella de ocultar restos de comida en los rincones más esquivos de su apartamento. *Ponme unos burritos con extra de guacamole y esa botella de vodka de la que me hablas*. En ocasiones, recordaba el trato dispensado a aquel animal que, salvo por aquellos oscuros arrebatos viscerales en los que determinaba que cualquier lugar

seco y fresco podía servir de despensa improvisada, no dejaba de ser una profesional meticulosa y eficiente. Olivia se reprochaba su actitud las noches en las que, derrotada por una dura jornada de trabajo, llegaba a casa y descubría pequeños trozos de pan masticado debajo de los cojines y sobre el sofá. De alguna manera, relacionaba su conducta con la zarigüeya con la frustración que sentía de niña cuando, después de buscar durante períodos que ella contabilizaba como horas a su perro, éste demostraba una escasa animosidad para con los juegos que ella le proponía.

El licor neutralizaba el sabor de la cebolla, lo que le proporcionaba ánimos renovados para seguir comiendo con avidez. Tras el tercer vaso de vodka, pudo determinar cuál debería haber sido su límite. Los objetos comenzaron a dar vueltas a su alrededor y la comida se le antojó pesada, al ocupar una posición inestable

en su estómago. Hizo reposar su cabeza sobre la barra, apartando los platos con sendas brazadas de sus extremidades. Cerró los ojos al sentir el contraste de temperatura entre la fría formica y su cálido rostro. Un lapsus de tiempo indeterminado la abstrajo de lo que sucedía en el interior del local. Recobró el conocimiento al sentir el contacto de una pezuña sobre su muslo, firmemente aposentado en el taburete. Agachó la cabeza hacia su derecha, descubriendo allí a una silueta disimulada por debajo de una enorme sudadera gris. El cráneo oculto por la capucha dejaba intuir el hocico de un bodeguero andaluz. *Me puede dar algo para comprar comida a mis hijos. Soy albañil en paro y el único sostén de mis cuatro hijos menores*. Incapaz de realizar cualquier otro gesto, Olivia disintió sacudiendo torpemente la cabeza de un lado para otro. El cánido acompañó su súplica con otro roce de su pezuña contra el muslo de la mujer. Ésta volvió a

sacudir la cabeza, alzándola antes de dejarla caer nuevamente sobre la barra. *¡Humana egoísta!* El animal intentaba contener su ira, que empezó a fluir a borbotones desde lo más profundo de su garganta. *Nunca tendremos posibilidad alguna contra vosotros. Hacemos los trabajos que más os desagradan, vivimos en condiciones infrahumanas, siempre suplicando, mendigando algún derecho que nos permita simplemente sobrevivir.* De entre la holgura de sus ropas afloró un revolver Smith & Wesson 500 que pasó a apuntar directamente hacia la zona abdominal de Olivia. Ella fijó su mirada en el arma, lo que hizo que superara en gran medida el sopor que la mantenía adormilada. Después dirigió su visión a los ojos del bodeguero que, a su vez, mantenía una conversación gestual con la nutria que lo reprendía desde el otro lado de la barra. *¡Aquí no! Aún no ha llegado el momento*.

Olivia reconocía el valor de lo que hacía la cocinera para contener el ansia del perro que, a su vez, temblaba con el arma entre las manos más por la actitud de su interlocutora que por el hecho de amenazar a su clienta. Hubo un silencio incómodo antes de que la nutria saltara ágilmente al otro lado de la barra para desarmar a su igual. Con un movimiento diestro arrebató el revólver y, depositándolo sobre una de las mesas contiguas, volvió su mano abierta sobre el rostro del can, al tiempo que lo sujetaba con la otra extremidad por la sudadera. Los golpes a derecha e izquierda pretendían servir para satisfacer la necesidad de castigo frente a la agresión que le presuponía a Olivia. Inmediatamente, la nutria soltó de golpe al bodeguero, increpándolo para que se marchara. Aquel desapareció en la oscuridad de la noche. La cocinera recogió el arma, cubriéndola con su mandil, al

tiempo que se volvía hacía la mujer, que lo miraba desconcertado. *No pasa nada. Un pequeño correctivo y todo solucionado*. Hubo un silencio en el que la nutria subió de un salto a la barra, para acceder nuevamente a su silla frente a los fogones. *¿Le apetece algo más?* En ese momento, el propietario del local accedía al interior y, con su sonrisa cínica y su cabeza siempre agachada, se dirigía a Olivia para interesarse por su parecer sobre el servicio y la comida. *Todo bien, gracias*. Sintió, desde la cocina, unos ojos clavándose en su nuca. Se incorporó para sacar unos billetes del bolsillo, depositándolos sobre la barra sin demandar la cantidad adeudada. *Muchas gracias, señora, que tenga una buena noche*. La cocinera la seguía con la mirada, intentando intuir en la mujer algún signo de inseguridad o flaqueza, pero Olivia caminaba indiferente hacia la salida, dispuesta, en apariencia, a pasar por alto aquel altercado.

II.

Después de las primeras seis horas de trabajo, de las doce que marcaba el convenio, Olivia acostumbraba a fumarse un cigarrillo en el umbral de una de las enormes puertas del muelle de carga. Su cometido en la planta de manufactura de derivados de carne era transportar las materias primas a sus respectivos departamentos y llevar los productos elaborados a los camiones frigorífico que repartían la mercancía a todos los centros de distribución. Diez minutos de descanso para respirar un poco de aire fresco, además del humo de su único pitillo del día, con la mirada perdida, al tiempo que los castores, adocenados dentro de enormes contenedores repletos de carne picada, mezclaban las distintas especias con sus propios pies envueltos en una fina

membrana de plástico. Abstraída en sus pensamientos, en ocasiones seguía con la mirada la progresión de un grupo de operarios castores llevando a algún compañero incapacitado hasta la enfermería. En aquel puesto, eran frecuentes las lesiones medulares. La fisionomía de aquellos animales no estaba pensada para pasar largas jornadas en una postura erguida, presionando con fuerza toneladas de carne resbaladiza. Nunca se había preguntado qué sucedía con aquellos roedores que no superaban sus dolencias. La verdad es que siempre veía circulación de convalecientes en un único sentido, pero nunca en el contrario. Su actividad, así como su estatus, no le permitía entrar en contacto con otros estamentos de la estructura orgánica de la empresa. Aquel instante de paz era para ella solo comparable a aquellos breves momentos en los que una urgencia fisiológica la llevaba al baño,

donde respondía a la llamada de la naturaleza acabando la sesión con la fruición de sus dedos húmedos sobre la vulva. Aquellos puntos de inflexión le ayudaban a acabar la jornada laboral.

¿Has acabado de llevar el cerdo? Recuerda que en media hora llega la ternera. *El muelle debe estar libre cuando vengan los camiones*. Olivia se volvió hacia el encargado de logística. Inspiró todo el humo que pudo, antes de depositar la colilla en un recipiente improvisado para tal efecto, que se encargaba de limpiar periódicamente. *Apenas me quedan un par de contenedores. En quince minutos lo dejo liquidado*. Respondió solícita. Miró el reloj. Llegarían tres o cuatro camiones que debería descargar, más los contenedores extra que traían de quién sabe dónde unas cigüeñas malencaradas en camiones sin rotular y sin albaranes de carga. Se puso de inmediato con su faena. Movía la carretilla elevadora con destreza sobre las líneas pintadas en el pavimento.

La azul era para el cerdo, la roja pala la ternera, la amarilla constituía el carril de regreso, la verde servía para la circulación de un otros indeterminado por la que viajaban los contenedores sin etiquetar. En cuanto se abrían las puertas traseras de los camiones, empezaba su frenética actividad. Sacar cada contenedor, colocándolo en el área de espera más próxima, para que el transporte pasara el menor tiempo posible ocupando una plaza del muelle. Una vez acabada la descarga, llevar los contenedores a su área de destino correspondiente, con identificación de color. Para Olivia, las horas eran simplemente un intervalo entre su llegada a la planta y su salida. Sin apenas descanso, no podía permitirse perder la concentración, puesto que cualquier descuido podía causar un accidente mortal. Eran muchas las toneladas de productos que circulaban a diario en aquellas instalaciones, suspendidas apenas por los dientes situados en la parte frontal de

una carretilla, y que apenas permitían tener una correcta visión de las vías marcadas.

De regreso de llevar el último contenedor de ternera, fue interpelada de nuevo por el encargado de logística, éste señalaba un último camión sin identificación, que se colocaba para entrar en el muelle, marcha atrás. Detuvo la carretilla al lado de su interlocutor y la apagó, para que el ruido del motor no le impidiese escuchar las órdenes. *Quédate un poco más si es necesario, pero descárgame este* tres ejes *con producto local*. Olivia descubrió el rostro de una de las cigüeñas por el gran retrovisor del camión. Fumaba y manipulaba el volante con el ala derecha, mientras la izquierda reposaba sobre la ventana abierta. Ellas eran las encargadas del *producto local*, un eufemismo para denominar la mercancía sin papeles. Los contenedores que respondían a esta ca-

tegoría eran de diferente color y tamaño. Ligeramente más pequeños, eran de un negro intenso, como si un vinilo opaco cubriese el plástico habitual, ligeramente translúcido.

Olivia entró en los vestuarios media hora después de su teórico final de jornada. Un fuerte dolor de espalda le impedía quitarse la ropa con normalidad, ralentizaba sus movimientos y la volvía torpe. Se metió en la ducha esperando que el agua caliente sirviese para aplacar parcialmente su mal. Se vistió aún con molestias y, muy despacio se dispuso a coger su Triumph Bobber, con el depósito de combustible verde oscuro con franjas inclinadas en negro, un viejo anhelo desde que su padre, en el final de sus días, se encaprichara con una vieja Harley Davidson modificada y pintada en un verde militar ligeramente oscurecido. El aparcamiento, ahora casi vacío, albergaba, además de los coches de los empleados del turno de noche, el viejo camión de tres ejes que

conducían las cigüeñas que, en ese momento, se ocupaban en reparar una avería. Sentada en la moto y con el casco en la mano, decidió esperar para ver si necesitaban ayuda. Un par de minutos después, la conductora y su acompañante se subieron al camión e iniciaron la marcha. Olivia se colocó los auriculares inalámbricos, se ajustó el casco y conecto en su móvil un recopilatorio con su música favorita. *Trouble every day* de The Mothers of Invention sonaba cuando, desviándose de su ruta habitual, decidió seguir disimuladamente al camión que, con ella, abandonaba las instalaciones de la planta. Después de dar unas cuantas vueltas por el polígono industrial y alcanzar la circunvalación, llegaron a una nave en medio de ninguna parte, en la que una suerte de arca de Noé de desplazaba de un lado para otro, moviendo contenedores vacíos al interior y extrayendo los llenos para acumularlos en un área de espera a la intemperie. En los

auriculares de Olivia sonaba *Sure 'Nuff 'n' Yes, I Do* de Captain Beefheart & His Magic Band cuando ésta decidió dejar su montura y adentrarse en la parcela privada para averiguar algo más sobre las actividades que tenían lugar en aquel emplazamiento.

Avanzaba hacia la nave bordeando el perímetro de la parcela, por ser este el menos iluminado. Temía ser delatada por el estruendo de sus propios pasos impactando contra el pavimento. Remató aquel trayecto interminable, ocultándose detrás de un montón de pallets que esperaban el momento para volver a ser de utilidad. Hasta allí fuera llegaba el ruido del trajín que se producía en el interior. Se enfrentaba a una densa pared que ocultaba lo que sucedía al otro lado. Caminó hacia el lateral que lindaba con la siguiente propiedad, confiando en no encontrarse con nadie. Al caminar, tanteaba la pared en la oscuridad, para evitar que le pasase por alto alguna fisura, puerta o ventana que

le permitiera inspeccionar el interior. Conquistar el vértice, le descubrió una nueva perspectiva de aquel predio, una recta amplia y parcialmente iluminada que la dejaba expuesta a miradas indiscretas. Percibiendo un cambio de textura en el muro, se detuvo delante de una salida de emergencia metálica. Apoyándose sobre ella pudo comprobar que no estaba cerrada desde dentro, pero que, para evitar el acceso a cualquier intruso, a las dos hojas se les había practicado un orificio e introducido una cadena sujeta con un gran candado. Siguió presionando una de las partes articuladas, para ver hasta dónde daba de sí aquella concatenación de eslabones. Así que logró introducir el brazo izquierdo hasta el hombro, probó a introducir la cabeza. La presión de ambas hojas sobre el cráneo hizo que se olvidara de lo delicado de la situación. Tan solo cuando todo su cuerpo atravesó la estrecha abertura, se dio cuenta de que cualquiera podía

haberse percatado de una presencia extraña. Por fortuna, el ruido proveniente del intenso trabajo de un par de trituradoras de carne hacía que la torpeza de sus movimientos pasase desapercibida. Se apostó detrás de unos contenedores vacíos, buscando el mejor ángulo de visión. Pese al frío que acompañaba al anochecer, gruesas gotas de sudor se deslizaban por sus sienes resbalando hasta la comisura de los labios, dejando un gusto salado en la boca que conseguía hacerse patente tras el paso de la lengua que volvía a introducirse para extender aquel sabor por las diferentes secciones de las papilas gustativas.

Frente a ella, una carretilla elevadora depositaba contenedores llenos sobre una máquina volteadora. Esta colocaba su contenido sobre la cinta transportadora que alimentaba una de las trituradoras de carne. Desde su posición, no era capaz de observar la trayectoria de aquélla hasta su desembocadura, apenas podía

diferenciar el bulto oscuro que transitaba por ella. Frustrada por el escaso provecho que podía sacar a su posición, Olivia decidió arriesgarse a avanzar hasta la siguiente línea de contenedores, aproximándose aún más a la tolva de alimentación sobre la que descargaba la cinta transportadora. Desde su nuevo emplazamiento, tenía una visión más clara. Echó un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que nadie podía descubrirla. Al frente, la cinta llevaba la carga a su destino. Observó con más detenimiento su naturaleza. Descubrió que se trataba de pequeños cuerpos entrelazados, humeantes y viscosos, que vibraban como gelatina cada vez que la cinta de goma que los transportaba topaba con alguna imperfección que la hacía cuestionar, durante un segundo, el sentido de la marcha. De repente, una extremidad se precipitó por el extremo de la cinta, quedando suspendida, balanceándose a un lado y a otro. Pequeña y de un marrón

oscuro, descartaba a las especies de las que aún estaba permitido alimentarse, base de la dieta cárnica desde el inicio de los tiempos. Tan solo cerdos y vacas surtían con sus cuerpos exangües los supermercados, a las demás especies se les había permitido firmar un armisticio por el cual su carne quedaba excluida de cualquier dieta, con lo que, la cría para la explotación o la distribución de especies diferentes as las designadas, además de ser constitutivo de delito, se consideraba un claro signo de depravación y debía ser reprobado en el ámbito público o privado. Como contrapartida, los animales debían abandonar la vida salvaje y asumir su completa civilización adscribiéndose al pacto social. Aquella alteración del orden establecido hizo que Olivia diese un paso atrás, expresando así la repulsión que le causaba aquel acto inmoral. Volvió de inmediato a su posición para no ser descubierta. Examinaba con detenimiento a cada uno de los

individuos involucrados en aquella aberración. Intentaba encontrar en sus rostros algún signo de desviación, de crueldad intolerable que le permitiese entender el motivo por el cual aquellos animales habían decidido voluntariamente utilizar a sus semejantes como alimento. Comenzó a retroceder, caminando hacia atrás, asegurándose de no ser descubierta, cuando percibió la presencia de dos flamencos sujetando entre sus alas las extremidades de un cuerpo sin vida. Se trataba del cuerpo de un humano varón. Su mediana edad se dibujaba en las facciones de su rostro. Ambos caminaban con dificultad, pues la masa de aquel cuerpo amenazaba con superar sus fuerzas. Balanceando la figura inerte, intentaban subirla a la cinta transportadora. No fue hasta después de varios intentos, que el cuerpo fue alojado en una posición en la que la cinta pudo transportarlo hasta el punto

de evacuación para encontrarse con las cuchillas de la trituradora. La náusea se apoderó de su voluntad de seguir observando la desaparición del fiambre, provocándole fuertes espasmos que la curvaron sobre sí misma, haciendo que vaciase el contenido de su estómago allí mismo, oculta parcialmente por los contenedores. El cuerpo había desaparecido cuando Olivia logró recuperar la verticalidad. Sin pensarlo y obviando las medidas de precaución más básicas para evitar ser descubierta, corrió hacia la salida de emergencia que le sirvió de acceso. Deshizo el camino en dirección al lugar en el que su moto esperaba estacionada. El rumor de la actividad de la nave a lo lejos fue superado por el motor de su Triumph en ignición.

III.

La luz procedente de la calle se filtraba en un haz que incidía sobre su rostro en la almohada. Olivia se tapaba la cara con la mano izquierda, al tiempo que alimentaba el insomnio pensando en lo sucedido aquella misma noche. La luz de la farola en el exterior se extinguía intermitentemente. Sobre el reproductor The Marketts interpretaban *Out of Limits* como un rumor leve que viajaba sobre las motas de polvo en suspensión visibles por la acción de la luz polarizada que llegaba del exterior. Su diminuto apartamento no se beneficiaba de la misma claridad que la mujer que ahora recogía el teléfono móvil de la mesilla de noche para buscar indicios, en la prensa, de extrañas desapariciones que justificasen la presencia del fiambre en la nave de triturado

de *producto local*. No pudo evitar esbozar una disimulada sonrisa al recordar aquella denominación tan popular en la planta en la que ella trabajaba. Las páginas de sucesos de varios diarios daban somera cuenta de varias desapariciones sin relación aparente. Un encargado de los almacenes de la empresa ferroviaria, una octogenaria vecina de la propia estación de trenes y, el caso con más repercusión, el secuestro con violencia de un juez de instrucción animal, encargado de la causa de varios casos de desorden público perpetrado por animales de distintas especies.

Las pupilas de Olivia, adaptadas a la luz de la pantalla, no advirtieron los subrepticios movimientos que tenían lugar a poca distancia de su cama, en aquel diminuto apartamento de una habitación. Los almohadillados pasos del intruso se sucedían sin hacerse perceptibles. La mujer, centrada en sus pescudas, continuaba ausente, hasta que un gutural gruñido superó el rasgueo

acústico de la guitarra de Jake Bugg con su *Trouble Town*. Sobresaltada, Olivia se incorporó para observar a su alrededor. La oscuridad le devolvía más escuridad. Las motas de polvo se revolvieron en el aire a la luz de la farola. *¿Quién está ahí?* Manipuló el teléfono para encender la luz de la linterna. La oscuridad le devolvió un cuerpo de ojos brillantes perfectamente mimetizado con el entorno. En ese momento, Otis Clay daba comienzo a su *Trying to live my live without you*. De una patada, ella apagó el reproductor, que se desplazó distanciándose. *Me has seguido desde la nave. Vas a mandar allí mi cadáver para que me trituren junto con el resto. Acabaré en la panza de algún fracasado* comehamburguesas. Hablaba sin esperar respuesta, conocedora de sus pocas posibilidades para salir de allí con vida. Percibió, entonces, los pasos de una figura que se abría hacia la luz, avanzando en su dirección. Una pantera negra de gran envergadura

se hizo visible. En cierto modo, desde el final de la jornada, cuando decidió seguir a aquel camión de reparto, esperaba la llegada de un momento como aquel. Una situación que rompiese la monotonía de sus noches, que materializase sus recurrentes sueños en los que moría de una forma violenta a manos de algún desconocido. En lo que podría denominarse una pesadilla, si no fuese porque Olivia la esperaba cada noche como antídoto contra el insomnio, ella perdía el equilibrio, percibiendo el impacto contra un suelo mullido. Completamente relajada, esperaba el momento en que su muerte si hiciese efectiva, poco a poco, con la impresión de tener una idea preclara de todo su pasado, encontrando explicación para los aspectos más oscuros y esquivos de su vida. Como en su quimera, buscó la calma procurando dominar cualquier acceso de pánico. *Lo has adivinado y*

agradezco tu pasiva resignación. Olivia se volvió a tumbar, haciendo reposar su cráneo sobre la almohada. Contenía las ganas de orinar, percibiendo como unas primeras gotas furtivas empapaban ya su ropa interior. Un dolor extremo partía de sus extremidades entumecidas por el miedo que intentaba no demostrar. *Entiendo que no puede ser de otra forma. Nada de lo diga en este momento va a minar tu determinación*. Una sonrisa burlona rompió el silencio que provocó su pausa para respirar. *Mi determinación no depende solo de mí. Hay mucho más en juego*. Irrumpió el felino impidiendo, por un instante, que ella pudiese continuar exponiendo su argumentación a modo de súplica. *Me puedo imaginar de qué se trata, me he tragado todas las versiones del* Planeta de los simios. Miraba fijamente al techo cuando las lágrimas empezaron a aflorar desprendiéndose en un reguero que le pareció frío y que le mojaba ya el pelo por encima

de las orejas. *Te das cuenta de que yo no soy el problema. Vivo explotada como vosotros. Trabajo doce horas al día por un salario de mierda. Cuando acabo la jornada, estoy tan cansada que apenas puedo hacer otra cosa mas que tirarme aquí, donde bebo lo que encuentro, tan solo para poder olvidarme, por un instante, de que mi vida no es nada más que esto, un apartamento minúsculo, sucio y oscuro en el que pasar las noches sola, en su mayoría, si no con alguien a quien desprecio para no sucumbir ante la aplastante realidad de que carezco de amistades por no poder atender mi vida privada*. Su voz se fue apagando por efecto de la presión de una zarpa sobre su cuello. Como víctima de un profundo sueño reparador, Olivia cerró los ojos lentamente hasta que sus extremidades dejaron de hacer presión sobre el colchón, permitiendo su caída, inertes. Para las demás especies, los hu-

manos actuaban como un ente cohesionado. No existían diferencias entre ellos y participaban de un mismo concepto de sistema inamovible. Para ellas el orden de las cosas solo permitía dos estamentos, el humano y el animal, en el que uno actuaba como dominante y el otro como dominado. Esa organización era considerada como natural y, por lo tanto, incuestionable. En ningún caso se cuestionaban las relaciones de poder, ni tan siquiera una equiparación de las clases trabajadoras humana y animal que permitiese una reorganización de las estructuras que conformaban el sistema. Aquellas ideas, que eran parte importante del subconsciente de Olivia y que nunca había sido capaz de materializar en un discurso consciente, murieron con ella, en el momento en que su pulso dejó de percibirse en el centro del pecho. El animal cargó sobre su lomo el cuerpo de Olivia antes de comenzar la progresión hasta la puerta. En su lento avance, golpeó

con la cola el reproductor, que se puso en marcha nuevamente para que Neil Sedaka pudiese cantar su *Breaking Up Is Hard to Do*.

Atravesaron el umbral de la planta de triturado, la pantera y su adquisición más reciente, bajo el cartel que anunciaba *Cárnicas París*. Varias cigüeñas, encargadas del transporte, ultimaban los preparativos para poder subirse al camión y empezar los repartos de primera hora de la mañana. El felino se aproximó hasta la cinta transportadora que nutría la máquina de triturar y depositó allí su carga. Observaba con detenimiento el cuerpo de Olivia en su avance. Había podido percibir la suavidad de su piel contra su lomo, su cuerpo liviano meciéndose contra sus huesudas estructuras al caminar. No podía afirmar que aquella muerte pesase en su conciencia, pero su forma de dejarse hacer, de rendirse ante la muerte, denotaba un hastío, unas extrañas ganas de morir que

habían superado el instinto más básico de supervivencia. De alguna forma, Olivia había logrado conmoverlo. Inmersa en una sociedad obsesionada con la sumisión al poder, tan solo alguna expresión de los más básicos paraísos artificiales podía servir como válvula de escape. Apenas el sexo sin ningún tipo de vínculo emocional, practicado hasta la extenuación, más allá de las consideraciones morales, absurdas y caducas, servía como evasión, como fórmula para romper con la normalidad asumida. La pantera miró sus zarpas inmaculadas. Por primera vez en toda su vida, había realizado un trabajo sin necesidad de verter una sola gota de sangre. Los humanos querían morir. Aquella premisa contrastaba con el ansia de libertad de sus congéneres animales. La confrontación de aquellas dos realidades aumentaba su determinación de continuar con el plan de conquista.

Un bonobo se acercó al felino. *Los camaradas están llegando a la estación de tren. Hemos empezado a ocultarlos en los almacenes. En breve nos quedaremos sin sitio. Llegan masivamente de todas las explotaciones de carne del país. Vagones repletos circulan por todas las vías férreas con un solo destino. Vacas y cerdos adocenados en un reducto ínfimo, envueltos en sus propios excrementos. Será su último viaje en esas condiciones*. La pantera sonrió sin decir ni una sola palabra. Permaneció parada hasta que Olivia desapareció engullida por la boca de alimentación de la trituradora.